

Álvaro Abellán*Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)*

a.abellan@ufv.es

RECIBIDO / RECEIVED

XX de marzo de 2011

ACEPTADO / ACCEPTED

XX de septiembre de 2011

PÁGINAS / PAGES

De la 213 a la 222

ISSN: 1885-365X

Teoría dialógica de la comunicación: devolver al hombre-con-el-hombre al centro de la investigación

Dialogic Theory of Communication, or how human relationship belongs to the core of the definition of communication

Este artículo expone sintéticamente las pretensiones de la Teoría dialógica de la comunicación (TDC). Esta teoría pretende configurar un corpus disciplinar que integre las teorías e investigaciones particulares, ordenándolas entre sí y orientándolas al desarrollo integral de la persona en su vida social. Para ello, sitúa al hombre en el centro de su reflexión y extrae las consecuencias que se derivan de ello. La TDC entra en diálogo con las diversas perspectivas que han abordado la Teoría de la Comunicación, se asienta en la firmeza de la filosofía perenne y se inspira en el pensamiento existencial, relacional, personalista y dialógico.

PALABRAS CLAVE: teoría, comunicación, diálogo, relación, hombre, sociedad

Abstract: This paper is an attempt to present briefly the claims of the dialogic theory of communication (TDC). The goal of this theory is to get a basic corpus of the discipline in which different theories and researches are integrated, organized and aimed towards the full development of the individual in society. To achieve this, TDC places human being at the centre of its reflection and draws the consequences of doing so. TDC engages itself in a conversation with different approaches to the study of Communication Theory, is founded on the strength of the perennial philosophy and is heavily inspired by the existential, relational, personalist and dialogical thinking.

KEY WORDS: theory, communication, dialogue, relationship, human being, society

1. Introducción

«Vive Carrascal de sus rentas y ha llevado a cima, a la chita callando, sin que nadie de ello se percate, un hercúleo trabajo, cual es el de enderezar con tal reflexión todo instinto y hacer que sea en él todo científico. Anda por mecánica, dirige por química y se hace cortar el traje por geometría proyectiva. Es lo que él dice a menudo: "Sólo la ciencia es maestra de la vida", y piensa luego: "¿No es la vida maestra de la ciencia?"» (Unamuno, 1967: 49-50)

El dilema de Avito Carrascal en *Amor y pedagogía* es también el de ese Miguel de

Unamuno «*de carne y hueso*» y el de buena parte de la reflexión sobre Humanidades y Ciencias Sociales del último siglo. La teoría de la comunicación es hija de este tiempo en que el saber ha sido reducido a ciencia físico-matemática y lo que queda fuera de esas categorías es tachado de algo meramente subjetivo. Este planteamiento olvida la síntesis de saberes necesaria para poner toda investigación científica al servicio del desarrollo de la persona.

«No es suficiente enseñar a los hombres una especialidad. Con ello se convierten en algo así como máquinas utilizables pero no en individuos válidos. Para ser un individuo válido el hombre debe sentir intensamente aquello a lo que puede aspirar. Tiene que recibir un sentimiento vivo de lo bello y de lo moralmente bueno. En caso contrario, se parece más a un perro bien amaestrado que a un ente armónicamente desarrollado» (Einstein, 1995: 29-30).

Cuando los alumnos cursan la asignatura de *Teoría de la comunicación*, se preguntan: «¿Qué tiene esto que ver con mi vida?», «¿Qué tiene esto que ver con mi profesión?» Y, en el mejor de los casos, concluyen que esa asignatura les sirve para aprender a obtener en su público los efectos que desean.

La pérdida del sentido humanístico, la hiper-especialización, la ideología política y el primado de lo funcional y lo económico, no sólo han lastrado la investigación de las ciencias naturales, como comenta Albert Einstein, sino que también ha contagiado a las Humanidades y a las Ciencias Sociales. Necesitamos una nueva forma de pensar la comunicación que, ciertamente, haga sentir a los hombres la grandeza de aquello a lo que pueden aspirar buscando una comunicación auténtica. Eso requiere articular una teoría de la comunicación capaz de integrar la ingente investigación particular en un corpus disciplinar que dote de sentido a la comunicación en orden al desarrollo armónico de las personas en su vida social. Esa es la pretensión a la que aspira la tesis doctoral *Crítica, fundamentos y corpus disciplinar para una Teoría dialógica de la comunicación* (Abellán-García, 2010), cuyos planteamientos fundamentales recogemos en este artículo.

2. Contexto de la actual reflexión sobre comunicación

«La naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra [...] para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre y la participación comunitaria de estas cosas constituye la familia y la ciudad» (Aristóteles, *Política*, I, 1253a). Así recoge el filósofo el valor y el sentido que los griegos concedían a la comunicación. Valor que, lejos de apagarse, cobra una importancia central en el pensamiento contemporáneo: «Sólo en la comunicación se alcanza el fin [...] de todos los fines: el interiorizarse del ser, la claridad del amor, la plenitud del reposo», sostiene el eminente psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers (1989: 30). El pensador español Alfonso López Quintás lo expresa con claridad y rotundidad meridiana: «Vivir en diálogo significa ajustarse a la propia condición humana» (López Quintás, 2009: 227) y «la propia grandeza del hombre se gesta en el diálogo» (López Quintás, 2002: 171). La pregunta por el sentido de la comunicación, por lo tanto, nos implica de tal modo que en ella nos jugamos no sólo descubrir quiénes somos, sino cómo llegar a serlo.

Las “teorías” de la comunicación más divulgadas hoy, no obstante, se inspiran en cir-

cunstances históricas y sociopolíticas muy marcadas, así como en climas intelectuales que abordan aspectos parciales de la realidad, sin pretensión de ofrecer una reflexión integradora. El teórico de la comunicación Martín Algarra identifica dos «lastres» en la actual reflexión sobre comunicación: «la indefinición de su objeto» y su «identificación con la comunicación de masas» (2003: 15). Ambos lastres tienen una misma raíz: centrar la mirada en lo sociológico, en la problemática urgente, en la configuración y los usos actuales de los medios de comunicación, en las funciones que les atribuimos, en los procesos comunicativos... en lugar de centrar la mirada en lo “inmaterial” del la comunicación, como acto humano intencional y libre. El resultado de una mirada que se detiene en ese nivel de análisis (por otro lado, pertinente y necesario para miradas más profundas) no podía ser otro: cientos de definiciones parciales que o bien sirven sólo para casos concretos o bien marginan la cuestión más profunda e importante del asunto: qué es y qué sentido tiene la comunicación.

Las investigaciones y propuestas que se detienen en esa primera mirada están llamadas, justamente, a consagrar el plural de *teorías* de la comunicación y a quedar obsoletas por los cambios sociales de las circunstancias que las inspiraron, pues sus aportaciones no pretenden ofrecer una comprensión integral ni esencial de su campo de estudio. Los intentos de integración que se mantienen en esa mirada buscan nombres como Teoría *General* de la Comunicación, ofreciendo catálogos de otras teorías, reordenándolas y tratando de tender puentes entre unas y otras, según el aspecto de la realidad que trate cada una de ellas. Este segundo momento de la investigación nos permite poner orden y nos ofrece, ciertamente, un panorama general de la literatura sobre comunicación (García Jiménez, 2007; Rodrigo Alsina, 2001), pero no es lo mismo una mirada “general” que una mirada “esencial”. Si la primera da cuenta panorámica de todo “lo que hay”, la segunda debe dar cuenta de *lo que es y de qué sentido* tiene, algo que está más dentro, muy en el fondo de los usos particulares o circunstanciales de una comunidad en un tiempo histórico determinado. Ambos esfuerzos (la investigación particular y las recopilaciones) son notables, los resultados de la investigación y la recopilación que nos precede es ciertamente prometeica. No podemos sino agradecer lo alcanzado hasta ahora y alentar nuevos esfuerzos en esa línea que sigan explicándonos la evolución y los usos de las nuevas tecnologías y los nuevos medios de comunicación. En la medida en que lo hagan, podremos profundizar aún más en el sentido que tiene la comunicación para el hombre de todos los tiempos, y en el modo de responder a ese sentido en el mundo de hoy.

Son todos los logros alcanzados en el campo de estudio los que nos permiten afirmar que tenemos ya una solidez suficiente como para que los teóricos de la comunicación comencemos a dialogar con la filosofía (Martín Algarra, 2003: 52). Sólo así, por vía de profundidad, podremos unificar nuestro campo de estudio y ofrecer una teoría de la comunicación capaz de acoger en su seno, y en su justo lugar -que es siempre el lugar más fecundo- cada reflexión e investigación particular.

Los retos a los que los investigadores en comunicación debemos enfrentarnos los tenemos bien identificados: fragmentación en el campo de estudio y falta de un corpus disciplinar integrado; abundante investigación especializada y la necesidad de ordenar esas reflexiones parciales hacia el desarrollo integral de la persona en la vida social (pasar de los cómo al sentido no meramente subjetivo, sino real); hemos dado cuenta de los procesos materiales y de los elementos de la comunicación, pero aún no hemos desarrollado suficientemente su dimensión inmaterial (relaciones y actos humanos intencionales).

A nuestro humilde juicio, el ámbito filosófico más fértil para el diálogo con la Teoría de la Comunicación es el desarrollado en los últimos años por los autores existenciales, personalistas, dialógicos y del encuentro. Situando dicha reflexión, todavía joven, en el firme

seno de la *filosofía perenne* (Abellán-García, 2006), consideramos que la mejor propuesta para afrontar los restos de la investigación actual es formular una Teoría dialógica de la comunicación.

3. El diálogo interpersonal como inspiración para toda comunicación humana

El desarrollo de las telecomunicaciones, la aparición de los medios de comunicación de masas y su influencia determinante en el desarrollo de las dos guerras mundiales y en actual sistema económico (Álvarez, 1988), y las modas intelectuales del siglo XX orientaron la investigación más divulgada hacia modelos básicos como el de la comunicación entre máquinas (Shannon y Webber) o el de la comunicación social inspirada en las sociedades animales (Lasswell). Hoy podemos mirar con cierta distancia aquella investigación y cobrar conciencia de que el modelo de referencia para comprender la comunicación humana no puede ser el de la comunicación entre máquinas ni el de la comunicación entre animales. En un sentido, no podemos sino salir perdiendo en la comparación. Ni las máquinas ni los animales se equivocan, ni mienten. Por otro lado, ni las máquinas ni los animales son capaces de creatividad, novedad o libertad. Bajo los estrechos modelos inspirados en la comunicación entre máquinas y entre animales, no cabe lo propiamente humano, y, sólo en ese sentido, no cabe sorprenderse de que las más famosas y estudiadas teorías de la comunicación no cuenten en sus formulaciones con los conceptos de libertad, verdad, mentira, manipulación, intencionalidad o desarrollo personal y comunitario.

Ni siquiera podemos ya tomar como modelo las formas de comunicación social, y no digamos ya la comunicación de masas (expresión que algunos tildan ya de obsoleta). Sabemos que esas formas de comunicación, como todas las técnicas y tecnologías, como todo artificio humano, son extensión de las facultades y capacidades humanas y, en ese sentido, sólo potencian (en algunos aspectos) y limitan (en otros) las formas de comunicación naturales. No queremos decir con esto que la técnica no sea humana o natural al hombre (Ortega y Gasset, 2002; Heidegger, 2003). Lo que subrayamos es que, para que la técnica sea humanizadora, su referencia no debe ser ella misma, sino el bien del hombre o el camino que ofrece a los hombres para que puedan llevar su vida a plenitud.

Por eso consideramos que toda teoría de la comunicación que quiera ser realmente humana y humanizadora debe tomar como modelo fundamental de referencia la comunicación interpersonal, es decir, el diálogo. Si autores como Sócrates, Platón, Aristóteles, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Buber, Jaspers, Mounier, López Quintás y tantos otros propusieron expresamente -o demostraron con su forma de vida- que es justo el diálogo auténtico lo que nos hace más humanos y mejores personas, una teoría de la comunicación que toma como modelo esa forma de diálogo no sólo será mucho más humana, sino que promete inspirar una comprensión -y un uso de los medios de comunicación- llamada a «rehacer el Renacimiento» (Mounier, 2002: 31), en feliz expresión de un personalista francés comprometido con la renovación humanística de nuestro tiempo.

4. Definir la comunicación en clave dialógica

Una revisión de las compilaciones sobre las teorías de la comunicación desarrolladas a lo largo del siglo XX, el repaso de las obras fundacionales más notables de diversas perspectivas intelectuales que han abordado este estudio (funcionalismo, escuela crítica, tec-

nólogos, escuela interpretativa y sociofemología, modelos matemáticos, etc.), así como de los filósofos ya reseñados y algunos otros, nos alienta a definir la comunicación como: *una interacción interpersonal (compuesta por diversos actos expresivos e interpretativos) articulada en diversos medios expresivos y orientada al entendimiento, la comprensión y la colaboración.*

Es una definición sintética con pretensión de universalidad. Creemos que desde ella puede explicarse y comprenderse cualquier forma de comunicación humana, y que además integra y ordena otras definiciones contingentes. Creemos que la definición es luminosa y operativa para cualquier persona ajena a los teóricos de la comunicación, si bien sólo puede comprenderse todo su alcance cuando desarrollamos en clave dialógica lo que en ella apenas está esbozado.

La Teoría dialógica de la comunicación (TDC) sostiene que la comunicación es una interacción. Entiende a su vez que toda interacción supone: a) un vínculo entre, al menos, dos realidades; b) que ese vínculo implique actividad y receptividad entre ambas realidades (cierta reciprocidad) y no sólo sea una acción unilateral de una realidad sobre la otra; c) que las realidades que interactúan se enriquezcan fruto de dicha interacción; d) que en esa interacción, y de esa interacción brote algo nuevo; e) por último, y por vía negativa, no son interactivas las relaciones de dominio, posesión, destrucción o las meras relaciones locales o temporales.

Al centrarse en la comunicación como una interacción «interpersonal» queremos dar cuenta, en primer lugar, del hombre como sujeto libre y creativo capaz de promocionar o frustrar su vocación, especialmente, en el trato con otras personas. Pero también destacamos su dimensión encarnada en un contexto situacional e histórico que nunca debemos descuidar.

La comunicación se articula en diversos medios expresivos, que son la plasmación sensible de un ámbito que vincula no sólo a quienes se comunican entre sí, sino a quienes se comunican con tres órdenes de la realidad que los griegos nombraban con una sola expresión: el *logos*. El *logos* como orden y sentido de la realidad; orden y sentido del pensamiento; y orden y sentido de la expresión. Es decir, que el sentido de nuestra expresión es unificar lo que decimos con lo que pensamos, y lo que pensamos con lo que realmente es. Por eso el diálogo auténtico es profundamente creativo, pues nos ayuda no sólo a comprender la realidad que está fuera de nosotros, sino a clarificarnos y a comprendernos a nosotros mismos en relación con el mundo, con los otros hombres y con lo que allí intuimos pero nos trasciende (la cuestión de Dios). El hombre mismo forma parte de ese *logos* (no está *fuera de la realidad*), si bien su condición de ser racional y libre le sitúa a cierta distancia. Es en la comunicación como el hombre es capaz tanto de mantener la distancia, como de entrar en relación creativa con su realidad circundante. El diá-*logo* es, por lo tanto, *un viaje desde el logos, en el logos y hacia la profundización del logos*. También al vincular estos tres órdenes introducimos el tema de la verdad (ausente en muchas otras propuestas), pues nos damos cuenta de cuánto tienen que ver la verdad y el error con el logro o el fracaso de la comunicación y de la vida humana.

La expresión (lo que suele llamarse *mensaje*) nos sumerge en la riquísima trama del lenguaje y la cultura (López Quintás, 2003), que son el fruto de una comunidad de hombres vinculados en tradición que han tratado de explicar su relación con la realidad y, por lo tanto, un tesoro del que participamos al comunicarnos y que podemos preservar, mejorar y donar a quienes nos siguen.

Al tratar de articular los medios expresivos descubrimos el papel de las técnicas de comunicación y de las tecnologías, cuyo sentido, en la medida en que éstas se tornan transparentes (en la medida en que «median» y no «mediatizan») es hacer «presente»

tanto la realidad sobre la que se habla como a las personas que se comunican.

La TDC vincula la reflexión teórica con nuestra experiencia de comunicación. Por lo tanto, las preguntas que formula envuelven y comprometen a quien reflexiona y obliga a la pregunta del por qué nos comunicamos. Incluir el sentido (no las funciones o los efectos, no las causas próximas, sino el sentido último) significa llevar la Ética al corazón de nuestra propuesta. Esto solventa una de las dificultades más notables en el actual campo de estudio y en el ejercicio profesional, pues la Ética suele ser vista como algo ajeno o impertinente, externo a las técnicas comunicativas. Sin embargo, al descubrir que la comunicación busca entendimiento, comprensión y colaboración, se nos hace evidente que no sólo debemos decir algo verdadero, sino que debemos *ponernos en verdad*, lo que nos va situando en nuestra vocación, pues buscar entendimiento y comprensión con otros hombres nos conforma como comunidad de buscadores de la verdad, y colaborar con los otros hombres nos pone al servicio de las vocaciones personales y del bien común. Ésta es una de las diversas razones por las que, como ya hemos señalado, vivir en diálogo significa ajustarse a la propia condición humana.

Por vía negativa: descubrimos que al reducir la comunicación a mera técnica, ajena no sólo a la verdad y al bien del hombre, sino al papel que juega la comunicación en nuestro desarrollo humano, corremos el riesgo de vivir y convivir en una existencia falsa o inauténtica. Descubrimos, no ya el peso del error, sino del engaño, como una forma violenta de incomunicación.

5. Exigencias de la comunicación auténtica

Al decidir fundar una auténtica comunicación tal y como la hemos definido, descubrimos una serie de exigencias: «valores» que debemos «encarnar como virtudes» si queremos lograr nuestra pretensión. Todas las exigencias del encuentro lo son también para una comunicación auténtica. Entre las que señala López Quintás, destacamos: apertura, generosidad, disponibilidad, evitar el reduccionismo a nuestros intereses o categorías, asumir el riesgo que implica la entrega, agradecimiento y paciencia, capacidad de asombro y sobrecogimiento, comprensión y simpatía, amabilidad y cordialidad, flexibilidad de espíritu y fidelidad o capacidad para prometer y cumplir lo prometido (López Quintás, 2002: 158 y ss). Todas ellas pueden sintetizarse en una fórmula que este autor ha aquilatado tras años de reflexión: una actitud de respeto, estima y colaboración. Ahora bien, como el diálogo auténtico es una forma de encuentro muy específica, conviene identificar una serie de exigencias especialmente importantes para lograrlo, que la TDC sintetiza en cinco.

En primer lugar, la escucha activa y el silencio interior. La escucha activa es ya un tema recurrente en los manuales de comunicación eficaz (Hofstadt, 2003), pero es mera técnica o estrategia funcional -capaz de truncar la comunicación auténtica- si a ella no le precede el silencio interior como quietud de espíritu y como voluntad de suspender todo juicio e interés particular (al menos mientras dure la interacción) en aras de la comprensión.

En segundo lugar, la presencia intencional y la intencionalidad compartida de quienes se comunican. La honda idea de la «presencia» de la persona (Buber, 1997: 79-83), en teoría de la comunicación podemos concretarla del siguiente modo. La presencia intencional consiste en ponerse uno mismo en la expresión y en la interpretación, con la intención de comunicar-se, supone cierta donación de uno mismo y cierta acogida del otro. La intencionalidad compartida de quienes se comunican puede encarnarse de tantas formas como situaciones de comunicación (valores, proyectos, objetivos...), pero supone siempre buscar entendimiento, comprensión y colaboración recíprocos.

En tercer lugar, la existencia de un *logos compartido* en el triple sentido ya expuesto: como un vector que apunta desde la expresión hacia un pensamiento que remite a una misma realidad. Vector que no sólo guía a nuestra inteligencia, sino a toda nuestra persona, buscando nuestra unificación existencial. Si no ocurre esto, bien porque una misma palabra lleva a los interlocutores hacia un contenido de conciencia distinto, bien porque coinciden en lo que dicen y piensan, pero eso no se ajusta a la realidad sobre la que hablan, la comunicación concluirá en malentendido y de ella, posiblemente, se derivarán acciones erradas, consecuencias no buscadas y, con ello, cierta desubicación existencial.

En cuarto lugar, un clima de veracidad y confianza. Si la confianza no es regalada *a priori*, la escucha auténtica no es posible. La sospecha o la desconfianza introducen prejuicios y filtros que dificultan notablemente la tarea de entender al otro, no digamos de comprenderle o de asumir el riesgo de colaborar con él. Sin veracidad, la confianza se trunca; mientras que la veracidad tiende a acrecentar la confianza.

Finalmente, como los seres humanos cometemos errores y obramos mal, sólo la capacidad de perdonar puede restablecer una confianza y una comunicación previamente agrietadas. Es más, si no contáramos *a priori* con la posibilidad de perdonar y ser perdonados, caeríamos en la inacción paralizante, en la huída del compromiso y en la ausencia de creatividad, que siempre implica riesgos.

6. Frutos de la comunicación auténtica

Tal y como definimos la interactividad, cabe distinguir dos tipos de frutos en todo diálogo auténtico: los que prosperan en quienes se comunican y los que resultan de la comunicación. Quienes buscan una comunicación auténtica van encarnando en sí mismos una serie de hábitos virtuosos relacionados con las exigencias de la comunicación. Además, quienes se comunican acrecientan su capacidad de entendimiento, comprensión y colaboración y, con ello, todas sus capacidades creativas. En definitiva, crecen en madurez personal y en la comprensión de su propia identidad y vocación. Todo esto puede decirse tanto de cada persona que se comunica como de las comunidades y grupos humanos donde se da una comunicación auténtica.

Lo primero nuevo que brota de la interacción comunicativa (de lo que otras teorías plantean como los procesos de comunicación) es el vínculo comunicativo o, dicho de otra forma, la comunicación *en acto*. Es un vínculo de entendimiento, comprensión y colaboración que inaugura o acrecienta el dinamismo de amor y compromiso entre los hombres. Este vínculo es inmaterial, se crea o acrecienta mientras dura la interacción comunicativa, pero permanece cuando ésta ha terminado. Es lo que mantiene a las personas unidas entre sí y en tareas comunes cuando el proceso comunicativo acaba. Este vínculo es distinto de quienes se comunican e irreductible a ellos. Tiene sus propias reglas del juego (las exigencias ya listadas encarnadas de diversa forma en cada realidad comunicativa particular) que no pueden modificarse a capricho... si queremos permanecer *en comunicación*.

Además, la comunicación auténtica tiene también otros frutos, otra novedad, que queda objetivada, es decir, materializada gracias a los medios expresivos co-creados para fundar o mantener la comunicación. Caben en esta categoría todas las manifestaciones de la cultura humana: el lenguaje, las obras culturales fruto de los diversos lenguajes y formas expresivas (el cine, la literatura, el arte, la filosofía, la ciencia...), las costumbres, las leyes, la tradición, la arquitectura, el diseño... Todas estas realidades son fruto no sólo del trato del hombre con el mundo, sino de la búsqueda de comunicación y colaboración entre los hombres. Y, por eso mismo, pueden medir su valor en relación directa con su

capacidad para generar auténtica comunidad humana.

Por vía negativa, la incomunicación, la comunicación frustrada, la manipulación, etc., se revelan como acciones que configuran hábitos deshumanizadores, destruyen los vínculos personales, agostan la capacidad de entendimiento, comprensión y colaboración entre los hombres... lo que conlleva soledad, desamor y falta de compromiso, carencias que afectan gravemente a nuestras posibilidades de desarrollo personal.

Lo que a veces resulta complejo de explicar para las disciplinas teóricas, necesidades del matiz, lo muestran con facilidad los poetas provocándonos una emoción estética cargada de sentido. Mario Benedetti, al contemplar a la mujer que ama y ver que sus manos «trabajan por la justicia», que su mirada «mira y siembra futuro», que su rostro es sincero y abierto al mundo, puede decir, con ella, que «en la calle, codo a codo, somos mucho más que dos» (Benedetti, 2001: 316-317). Porque los frutos del encuentro y la comunicación auténtica de dos personas superan infinitamente las posibilidades de cada persona aislada. Joaquín Sabina, por el contrario, al repasar el listado infinito de fracasos amorosos, de la incomunicación entre hombres y mujeres, entiende que «Adán y Eva no se adaptan al frío», ve que los besos «antes de nacer, morirán» y recuerda que «la última guerra fue con mando a distancia, el dormitorio era un vagón de soldados», no puede sino concluir que «estar contigo es estar solo dos veces, es la soledad al cuadrado». Por eso, siempre, «bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, llueve sobre mojado» (Sabina, 2002: 172). Él nos presenta, como pocos, la situación de radical hastío y soledad, consecuencia de la frustración de quien busca unirse a otro y no lo logra.

7. Del diálogo interpersonal a la comunicación social


La exposición que acabamos de presentar deja abiertas muchas cuestiones que exigen un mayor desarrollo. Parte del mismo puede encontrarse en la tesis doctoral mencionada en nuestra introducción. Recogemos aquí algunas líneas de trabajo en las que la TDC puede aportar valor.

En primer lugar, por su forma de vincular procesos y actos, sujetos y medios, la TDC puede ser un hogar de conciliación donde los distintos fragmentos y perspectivas del campo de estudio pueden lograr una mayor integración que la ya alcanzada por las recopilaciones teóricas generales. También creemos que al vincular los distintos elementos de la comunicación por vía de profundidad la TDC puede ser una referencia disciplinar para el diálogo que otras ciencias necesitan mantener con la Teoría de la Comunicación.

En segundo lugar, esta teoría permite repensar, en clave humanista y humanizadora, tanto el estudio como la práctica de la comunicación social, apuntando claves sobre el sentido de la comunicación social hoy y abordando problemas de fondo en los ámbitos del periodismo (información, verdad y cultura), la publicidad (la nobleza de la persuasión frente a la manipulación), la literatura, el cine y las bellas artes (la verdad del relato, del símbolo y de la imagen). Tarea que esta propuesta pretende hacer *desde dentro*, al revisar los conceptos nucleares de cada una de esas profesiones.

Por último, en el análisis de las tecnologías nuestra propuesta puede aportar claves que orienten no sólo su uso actual, sino también la investigación de campo, al situar la mirada no sólo en lo técnicamente posible (la tiranía de la técnica), sino en lo esencial de la técnica en relación con el hombre. En un primer sentido, como extensión de las capacidades de humanas (lo que libera tiempo y esfuerzos); pero, en un segundo sentido, aún más determinante, por su capacidad para desocultar el ser (tanto en su esencia como en

el dinamismo de sus posibilidades creativas) de quienes se comunican y de la realidad sobre la que quieren comunicarse.

La TDC se articula para responder a los retos que la actual investigación en comunicación nos presenta. Alienta la investigación particular y especializada, y se presenta como un hogar de conciliación capaz de unificar el campo de estudio, pues, en ella, cada investigación puede entrar en relación con otras y ordenarse al bien del hombre y de la sociedad humana. También es capaz de articular la relación adecuada entre los procesos y elementos de la comunicación con los actos y las relaciones comunicativas. Al partir del hombre-con-el-hombre, del momento decisivo en que los hombres inauguran una interacción creativa, mediada por el lenguaje, para comprender la realidad y comprenderse a sí mismos en ella, creemos situar la reflexión en su fuente originaria y en el corazón de su potencia humanizadora. En definitiva, creemos que ofrece criterios para iluminar nuestro campo de estudio y re-humanizar la investigación y la práctica de la comunicación social en esa hermosa tarea de re-hacer el Renacimiento. 

Teoría dialógica de la comunicación: devolver al hombre-con-el-hombre al centro de la investigación

Álvaro Abellán

Bibliografía / Bibliography

- ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro. *Crítica, fundamentos y corpus disciplinar para una Teoría Dialógica de la Comunicación. Re-pensamiento de la disciplina para una acción humanista. Tesis doctoral inédita. Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, septiembre 2010.*
- "Hacia un concepto distinto actual de la interactividad", en PONTIFICIA ACADEMIA SANCTI THOMAE AQUINATIS; SOCIETÀ INTERNAZIONALE TOMMASO D'AQUINO (eds.), *Atti del Congresso Internazionale su l'umanesimo cristiano nel III millennio: la prospettiva di Tommaso d'Aquino. 21-25 Settembre 2003, t. 3* (Pontificia Academia Sancti Thomae Aquinatis, Vatican City, 2006), pp. 356-370.
- "El pensamiento relacional como fundamento para una nueva teoría de la comunicación", en *Comunicación y hombre: revista interdisciplinar de ciencias de la comunicación y humanidades*, ISSN 1885-365X, N° 3, 2007, pp. 23-38.
- ÁLVAREZ, Jesús Timoteo. *Historia y modelos de la comunicación en el siglo XX. Círculo de Lectores, Colección Círculo Universidad, Barcelona 1988.*
- ARISTÓTELES. *Política*, traducción de Manuel García Valdés, Gredos, Madrid 2008.
- BENEDETTI, Mario. "Te quiero", en *Inventario I*, Visor, Madrid 2001.
- BUBER, Martin. *Diálogo y otros escritos*, Riopiedras, Barcelona 1997.
- EINSTEIN, Albert. *Mi visión del mundo*, traducción de Sara Gallardo, Fábula Tusquets, Barcelona 1995.
- GARCÍA JIMÉNEZ, Leonarda. *Las teorías de la comunicación en España: un mapa sobre el territorio de nuestra investigación. Tecnos, Madrid 2007.*
- HEIDEGGER, Martin. *Filosofía, ciencia y técnica*, traducción de Jorge Acebedo, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 2003.
- HOFSTADT ROMÁN, Carlos Javier, van-der. *El libro de las habilidades de comunicación. Díaz de Santos, Madrid 2003.*
- JASPERS, Karl. *Introducción a la filosofía*, traducción de Miguel Turón Stein, Círculo de lectores, Barcelona 1989.
- LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso. *Cuatro personalistas en busca de sentido*, Rialp, Madrid 2009.
- *La cultura y el sentido de la vida*, Rialp, Madrid 2003.
- *Inteligencia creativa, el descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 2002.
- MARTÍN ALGARRA, Manuel. *Teoría de la comunicación. Una propuesta. Tecnos, Madrid 2003.*
- MOUNIER, Emmanuel. *El personalismo. Antología esencial, Sígueme, Salamanca 2002.*
- ORTEGA Y GASSET, José. *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre filosofía y ciencia*, Alianza, Madrid 2002.
- RODRIGO ALSINA, Miquel. *Teorías de la comunicación. Ámbitos, métodos, perspectivas*, Aldea Global, Valencia 2001.
- SABINA, Joaquín. *Con buena letra, Temas de Hoy, Madrid, 2002.*
- UNAMUNO, Miguel. *Amor y pedagogía, tres novelas ejemplares y un prólogo*, Emesa, Madrid 1967.